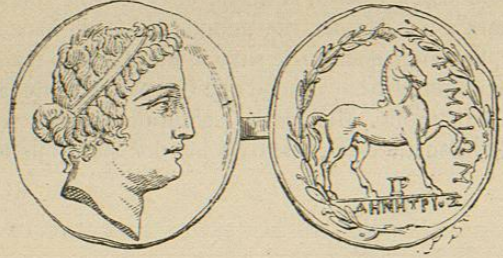
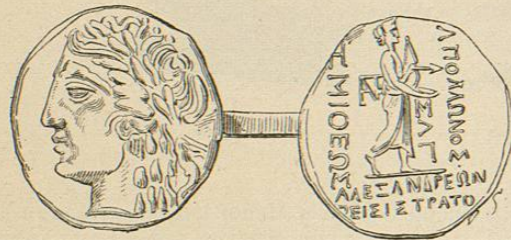


largo de la costa, en la Troade, la Eolide y la Jonia, Cumas, Colofón y casi todas las colonias griegas obtuvieron la inmunidad con nuevos territorios y honores. Mileto obtuvo el campo sagrado; Clasmene, la isla Drimusa, que domina el golfo de Esmirna; Ilión, como cuna del pueblo romano, se agrandó con el territorio de dos ciudades vecinas y Dárdano debió al mismo título su libertad. Quíos,



Moneda de Cimes (1)

que durante la guerra había servido de depósito á los romanos para convoyes de Italia; Eritrea y Esmirna, que se habían resistido, así á los halagos, como á las amenazas de Antíoco, merecieron del senado grande honor; Focea, á pesar de su defección, recobró su territorio y sus antiguas leyes; Landramitis, Alejandría de Troade, Lamsaco, Eleonte, Magnesia de Sipilo, etc., fueron emancipadas de toda dominación. Pero Efeso, que había sido el centro de las operaciones militares de Antíoco, Sardes, el punto de reunión ordinario de sus ejércitos, y Elea, quedaron del rey de Pérgamo. En fin los panfilienses, que Eumenes y An-



Moneda de Alejandro de Troade (2)

tíoco se disputaban, obtuvieron la libertad á título de aliados de Roma. En cuanto á los gálatas, Roma no tocó ni á su libertad ni á su territorio, pero destruyó su fuerza militar y el prestigio de su poder, y les prohibió pasar sus fronteras. Mas lejos al E. los dos sátrapas de Armenia, que gobernaban esta provincia por Antíoco, fueron autorizados á tomar el título de reyes (188).

Mientras Manlio acababa la guerra, su colega Fulvio atacaba á Ambracia, como los gálatas lo habían sido, sin declaración de guerra, para acabar con los etolios.

En vano había pedido la paz este pueblo, después de la batalla de las Termópilas: envolviendo el senado sus res-

(1) Cabeza de mujer, por una cara; y por otra ΚΥΜΑΙΩΝ, nombre de la ciudad, y ΔΗΜΗΤΡΙΟΣ, nombre de un magistrado. Caballo marchando y un vaso especial de Cimes; todo dentro de una corona de laurel. Tetradracma de Cimes.

(2) Apolo laureado por el anverso; y por el reverso ΑΛΕΞΑΝΔΡΕΩΝ, nombre de los habitantes de la ciudad: ΠΕΙΣΙΣΤΡΑΤΟ, nombre del magistrado; ΑΠΟΛΛΩΝΟΣ ΙΜΙΘΕΩΣ, en lugar de Σαυθός, el matador de ratones, nombre del dios con uno de sus numerosos sobrenombres; en fin, la fecha ΣΔΓ (233). Apolo Esmintio con un arco y una flecha. Detrás del dios un monograma. Tetradracma de Alejandría Troas. La era á que pertenece la fecha 233, comenzó el año en que Lisímaco cambió el nombre de Antigonía por el de Alejandría, y este año es 454 V. C. = 300 antes de J. C. La pieza fué acuñada el 67 antes de nuestra era. (Nota de M. de Sauley.)

puestas con palabras ambiguas, exigía que se entregara á la fe romana. Por fin, aceptaron sus magistrados; pero luego que el cónsul Acilio les hubo explicado que aquellos términos querían decir que era preciso entregar á Roma á los que habían fomentado la guerra, los magistrados protestaron, diciendo que aquello era contrario al uso de los griegos. Alzando Acilio entonces la voz, menos por cólera que por hacer sentir á los diputados á qué estaban reducidos los etolios y dominarlos por el terror: «Hacéis bien, griegucillos, les dijo, hacéis bien en alegar vuestros usos y advertirme lo que me conviene hacer, después de haberos abandonado á mi fe. ¿Sabéis que depende de mí cargaros de cadenas?» Y las hizo traer en aquel punto, como también un collar de hierro, que ordenó ponerles. Los embajadores temblaban de puro espantados y aun se les doblaban las rodillas flaqueando. Pero á ruegos del legado Valerio Flaco y de algunos tribunos, se aplacó el cónsul (191).

El asunto no se arregló sin embargo esta vez, ni aun en todo el año siguiente. Para no perder el tiempo de su consulado en el cerco de algunas plazas oscuras, hubo de dar L. Escipión á los etolios una tregua de seis meses, á cuyo término el senado les dejó todavía tiempo para quitar á Filipo sus conquistas. Luego que lo hubieron empujado á la Macedonia y que el rey de Siria quedó vencido, llegó Fulvio con dos legiones y se apoderó de Ambracia, á pesar de su heroica resistencia. Esta ciudad, antigua capital de Pirro, era rica en obras maestras de todas clases y Fulvio exigió que se le entregaran.

En este botín estaban las estatuas de las Musas, y Fulvio, como buen romano, dió por señor á las nueve diosas en el templo que les hizo edificar, en vez del dios de la armonía, el dios de la fuerza: Hércules Musageta. Bien era que las artes de Grecia entraran en Roma como botín de victoria.

Los etolios, ya solos, compraron la paz á precio de oro, entregando 500 talentos, y reconocieron el imperio y majestad del pueblo romano (3). «No darán paso, decía el tratado, á ningún ejército que venga en son de guerra contra los romanos, sus aliados ó sus amigos (*socios et amicos*); tendrán por enemigos á los enemigos del pueblo romano y tomarán las armas contra ellos; entregarán los tróficos, los esclavos fugitivos y los prisioneros de guerra; entregarán asimismo á elección del cónsul, cuarenta rehenes de doce años ó menos, de cuarenta años ó más, incluyendo en ellos su estrategia, su maestre de caballería y su escribano público.

A lo menos este pueblo, tan pequeño y todo, había honrado su derrota con su valor y arrostrado durante tres años el poder de Roma. Las ciudades, que en otro tiempo habían formado parte de la liga, fueron separadas de ella, para recobrar lo que el senado llamaba su libertad; pero Cefalonia recibió guarnición romana. Esta isla, que domina la entrada del golfo de Corinto y desde donde se ve distintamente la Elide, iba á ser una de las etapas de las flotas romanas que partieran de Brindis para Grecia. Ocupando á Corcira, Zante y Cefalonia, tres excelentes puertos, de fácil defensa, era el



Hércules Musageta (4)

(3) *Imperium majestatemque populi Romani* (T. Livio, XXXVIII, 11). La Etolia era tan rica de despojos, que Polibio (XXI, 3) habla de un etolio poseedor de 200 talentos, y de haber hecho consignar en el tratado que podrían pagar en oro más bien que en plata, condición que aceptaron los romanos, siempre que la moneda de oro valiera diez de plata, lo que da la relación de los dos metales en aquella época.

(4) Camafeo del Gabinete de Francia, núm. 1772 del catálogo.

senado ya dueño del Adriático. Había elegido bien: los ingleses hicieron lo mismo, cuando quisieron que nada pasara por aquellas aguas sin su beneplácito.

Para no permanecer en la inacción, durante las expediciones continentales de los dos cónsules, el comandante de la flota había ido, sin decreto del senado tampoco, á amenazar á los cretenses con una agresión, si no entregaban los prisioneros romanos llevados ó vendidos en la isla, y en virtud de intimación tan atendible le fueron entregados hasta cuatro mil. Fulvio también, por su parte, había prescrito activas investigaciones para encontrar todos los cautivos. Era una regla de la política romana y condición que los generales consignaban en todos los tratados; y esta solicitud, que los honra, los hacía merecedores de la abnegación de sus soldados.

Entre tanto volvía Manlio del Asia por la Tracia, con sus legiones, que apenas bastaban para escoltar el botín. Emboscados á lo largo del camino, los tracios le arrebataron la

mitad de los bagajes y pusieron dos veces el ejército en peligro. Pero Filipo no estaba en aptitud de aprovecharse de ello; abrió otra vez la Macedonia á los romanos y Manlio pasó de nuevo el Adriático, sin que un solo legionario quedara en Grecia ó en Asia. El senado cumplió lo que había prometido: donde quiera, en los dos continentes y en las islas, los griegos eran libres, y de tantas conquistas no conservaba Roma ni una pulgada de tierra. La comedia iniciada con tanto éxito por Flaminio en los juegos ístmicos estaba representada. Pero al retirarse, después de haber rebajado ó deprimido todo lo que conservaba alguna energía, la Macedonia, la Siria, los etolios, los gálatas, dejaban tras sí las legiones en cada ciudad, en cada Estado, un partido afecto que hacía por el senado la policía de la Grecia y del Asia. Y enfrente de aquella multitud de pequeños príncipes y pueblos se levantaba el colosal poderío de Roma con su fuerte organización militar y política, su senado tan hábil y sus legiones tan bravas.

## CAPITULO XXIX

## SEGUNDA CONQUISTA DE ESPAÑA. — SUMISION DE LA CISALPINA

## I. — OPERACIONES EN ESPAÑA. (197-178)

Durante estas fáciles y brillantes expediciones, otras legiones sostenían en los extremos del Occidente y aun en la misma Italia, una lucha mortífera contra pueblos, cuyo valor se enardecía con la esperanza de otra vida mejor, prometida á los valientes, muertos al filo de espada enemiga. Después de Zama, el senado se había creído dueño de España: la sublevación de Mandonio y de Indíbil, aquellos inquietos aliados de los Escipiones (1), y el levantamiento de los sedetanos, hubieron de parecer la última protesta de la independencia ibérica; pero cuando, en 197, el envío de dos pretores y una tentativa hecha para organizar á España en provincias romanas les hicieron ver que el senado se proponía conservar su conquista, los indígenas que sólo le habían ayudado para librarse de los cartagineses, respondieron alzándose en masa contra el extranjero. El pretor Sempronio Tuditano perdió la vida en el encuentro y aquella batalla vino á ser la señal de una guerra de siglos.

Los lusitanos, que habían vencido al grande Amílcar y á quienes no se atrevió Aníbal á atacar, los vaccenses, los vetones y sobre todo los celtíberos, desempeñaron el primer papel en aquella heroica lucha. Atrincherados en las montañas del centro de la península, en las mesetas de donde el Guadiana, el Tajo y el Duero descienden por abruptos desfiladeros, los celtíberos cortaban las comunicaciones de los romanos, mientras teniendo ellos fácil acceso á los valles, daban la mano á los pueblos sublevados. Como no poseían grandes ciudades por donde se pudiera contener al país, sus villajos y sus castillos desparramaban la guerra y la hacían eterna, como quiera que la toma de cada uno de ellos no daba á los romanos más que áridas rocas. Al Este, al con-

(1) Se habían sublevado después de la partida de Escipión y fueron vencidos en una batalla en que murió Indíbil. Después de esta derrota, entregaron las armas, rehenes y trigo para seis meses, sayos y togas para el ejército y un tributo doble para el tesoro; en fin, á Mandonio y demás jefes, á quienes los romanos dieron muerte (Tito Livio, XXIX, 1 y 3).

trario, y en el Sur á lo largo de la costa del Mediterráneo, estaban las ricas ciudades, Ampurias, Tarragona, Cartagena, Málaga y Gades, cuya sumisión arrastraba necesariamente vastos territorios, ó bien pueblos de poco aliento como los turdetanos, ó apenas españoles y enervados por un largo comercio con Tiro y Cartago como los habitantes de la Bética.

Sobrios y ágiles, pacientes y astutos como el montañés y el cazador, y sin embargo bravos también hasta la temeridad, los españoles hacían ya en sus montañas esa guerra de guerrillas que triunfó de Napoleón y de los primeros soldados del mundo. Cuando atacaban de cerca se formaban en ángulo, y este orden de batalla era irresistible. Entonces se servían de una pesada espada de dos filos que hubieron de adoptar los legionarios, y hacían tales heridas que los macedonios de Filipo se quedaban espantados (2). Generalmente combatían á pie; tenían, sin embargo, caballos tan veloces como los de los partos, dice Estrabón, y enseñados á doblar las rodillas y á trepar rápidamente á las montañas.

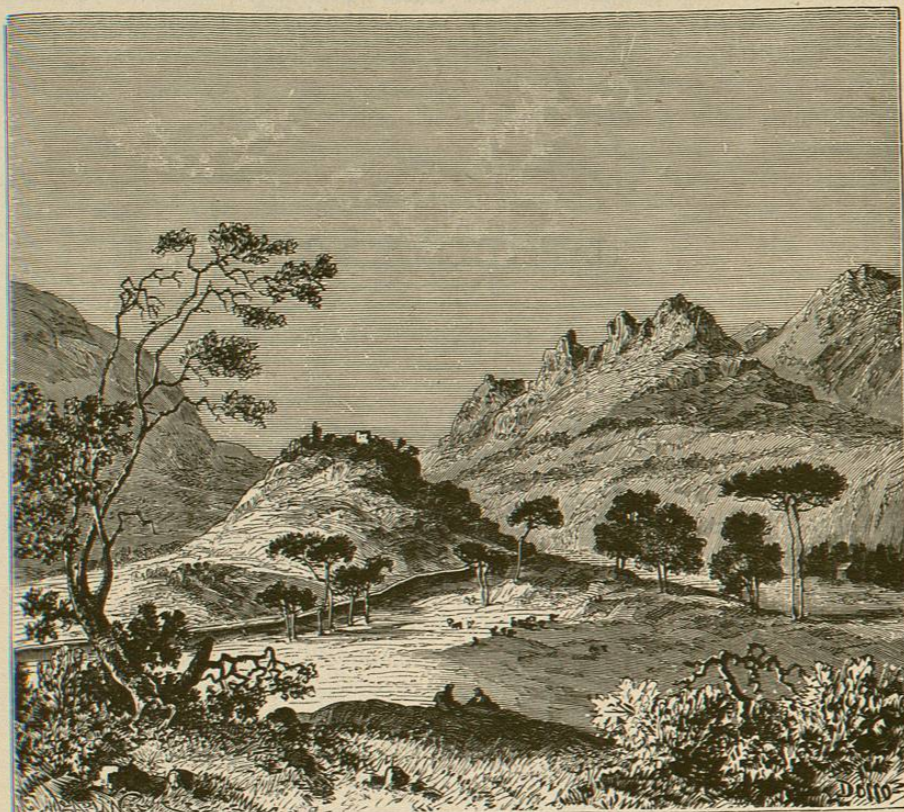
Si eran vencidos, se tomaba poco ó se conservaba menos aun de esta victoria: el veneno que llevaban siempre consigo, los libraba de la esclavitud; ó bien embarcados para Italia ó Sicilia, hacían un agujero en la cala del barco y lo echaban á pique.

Las mujeres combatían también entre sus maridos, y después de una derrota, degollaban á sus hijos y se daban la muerte. El allegado no sobrevivía tampoco á su amigo ó á su jefe, y al anciano incapaz de combatir, se le desembarazaba de una vida inútil. Duros con los vencidos como consigo mismos, los lusitanos les cortaban la mano derecha á sus cautivos para consagrarla á los dioses. «Amaban singularmente los sacrificios, dice Estrabón, y las víctimas eran sus prisioneros de guerra.» He aquí unos enemigos más terribles que las innumerables falanges de Antíoco. Afortunada-

(2) *Gladio Hispaniensi detruncata corpora, brachiis cum humero absicis... patentiisque viscera... pavidi cernebant. Ipsum quoque regem terror cepit.* (Tito Livio, XXXI, 34.)

damente para Roma, los españoles estaban más divididos aun que los italianos y los griegos, y no supieron nunca unirse para una grande empresa ó para una común resistencia. «A no ser por esto, añade Estrabón, hubieran sido invencibles.»

Un pretor vengó á Sempronio. Pero esta guerra pareció bastante grave para merecer un ejército consular, y Catón recibió el mando de esta expedición. Muchos especuladores acudieron de Roma solicitando el encargo de abastecer el ejército. «La guerra mantendrá la guerra», contestó Catón. Y los despidió á todos. Los romanos habían retrocedido hasta la colonia masaliota de Ampurias, singular ciudad compuesta de dos poblaciones divididas ó separadas por una sólida muralla, la una española y la otra griega, ésta siempre



Valle de las Horcas Caudinas, cerca de Caserta. (Véase pág. 129)

una batalla cerca de Toledo (185). Los romanos emplearon muchos años en cercar sus montañas, que habían venido á ser el foco de la resistencia, y algunas batallas que ganaron en el Norte y el Sur les abrieron su entrada. Cuando cansados de la lucha, depositaron las armas los vaccenses y los lusitanos, Sempronio Graco, el padre de los Gracos, penetró en el mismo corazón de la Celtiberia, y sometió allí trescientas poblaciones. Para conseguirlo les impuso condiciones llevaderas: los declaró aliados de Roma y los puso bajo su protectorado, con la sola condición de suministrarle en caso de guerra hombres y dinero. Convencido de que solamente la civilización podría hacer duradera la paz, procuró fundar ciudades, en que reunió gran número de celtiberos, dándoles sabias leyes. La buena fe, la benevolencia y dulzura de Graco se hicieron célebres en la península, y los tratados que él concluyó se invocaron luego contra la crueldad y avaricia de sus sucesores (178).

## II. — CONQUISTA DE LA CISALPINA. — ITALIA CERRADA A LOS BÁRBAROS (200-163)

España parecía por segunda vez conquistada: la Cisalpina lo fué realmente. El cartaginés Amílcar, que, á pesar de la

en desconfianza de su vecina. Un grande ejército andaba á las inmediaciones, y Catón se desembarazó con una victoria hábilmente preparada (195); después habiendo comprado el auxilio de los celtiberos á precio de 200 talentos, que los vencidos pagaron, pudo hacer desmantelar en un solo día cuatrocientas ciudades, villas y villajos entre el Ebro y los Pirineos, y establecer un impuesto considerable sobre la explotación de las minas de oro y plata de la provincia.

Después de Catón y durante la lucha contra Antíoco, la guerra hubo de languidecer. Pero los celtiberos que se sentían amenazados por la consolidación del poder romano en el valle del Ebro, se unieron á los lusitanos, á los vaccenses y á los carpetanos, perdiendo treinta y cinco mil hombres en

derrota de Zama, había permanecido allí, en inteligencia secreta con Aníbal, arrojó cuarenta mil galos y ligures sobre Plasencia y Cremona, las dos grandes colonias de Roma á lo largo del Po (200). Algunos años antes, esta diversión hubiera podido venir en ayuda de Cartago; ahora fué solamente para Roma un incidente enojoso, que el recuerdo de las guerras galas trocó un momento en temor. Plasencia fué tomada é incendiada; pero la resistencia de Cremona dió tiempo á los romanos para acudir en su ayuda, y treinta y cinco mil galos, si vale el testimonio de Tito Livio, quedaron fuera de combate al empuje irresistible del pretor Furio, á quien valió el honor del triunfo tan señalada victoria. Con todo eso, fué perdida la lección. Escapado Amílcar del campo de batalla, continuó sus patrióticas intrigas y todos los bárbaros del valle del Po, hasta los cenomanos, se levantaron en armas. Los boyos, sobre todo, mostraron una bravura heroica y un tenaz encarnizamiento, viéndose el senado en la precisión de enviar contra los insurrectos tres ejércitos á la vez y á Escipión el Africano. En 193, hubo de recurrir el senado á la fórmula de los grandes peligros públicos, declarando que había *tumulto*. Pero derrotas repetidas obligaron, en fin, á los boyos á tratar (192), bajo la condición de ceder la mitad de sus tierras; sino que

al llevar á ejecución el tratado, no pudieron resignarse á vivir bajo dominación tan odiosa, y los que quedaban de la nación fueron á buscar allende los Alpes, á orillas del Danubio, una tierra en cuyo cielo no se cerniera la ambición romana. En diez años, habían hecho frente á quince cónsules, matado á dos pretores y más legionarios que costaron en tres cuartos de siglo todas las guerras de Grecia y Asia.

Con grande empeño y actividad se pusieron manos á la obra en la de repoblar á Plasencia y Cremona, se enviaron colonos á Bolonia y Parma, y M. Emilio Lépido acabó la

hora del mundo. Para vigilarlos se levantó una fortaleza en Luna y se construyó la vía Aurelia, conducida á lo largo de la costa para llevar por todas partes las legiones á la entrada de sus montañas.

Mucho antes de esta época, el senado había llevado á los Alpes las fronteras de la república, declarando á Italia cerrada á los bárbaros, y habiendo venido algunas bandas galas á buscar tierras al valle del Po, les ordenó imperiosamente pasar otra vez y sin demora las montañas.

La fundación de Aquilea, que enlazaba la vía Emilia (181) y una nueva conquista de la Istria (177) sirvieron para defender por el Este las cercanías de la Cisalpina.

El rey de los istriotas, Epulón, se había retirado con sus más bravos guerreros á la plaza más fuerte de la comarca, á Nesactium, y cuando vieron que los romanos desviaban el río que suministraba el agua á la ciudad, llevaron á sus mujeres y á sus hijos al terraplén de las murallas, les dieron muerte y luego se mataron ellos. El caudillo les dió el ejemplo de este fiero valor, que siguieron todos. Si hubieran caído vivos en manos del enemigo, los que hubieran sobrevivido á la primera matanza habrían sido vendidos como esclavos: tomaron pues el camino más corto para salir de las abominables miserias á que condenaba al vencido la bárbara guerra antigua.

Por aquel entonces los pueblos de Córcega y Cerdeña hubieron de removerse (181). Después de vanos esfuerzos resignáronse los corsos á pagar su tributo de 10,000 libras de cera; y en la otra isla, Graco, el pacificador de España, mató 27,000 sardos, y vendió tal multitud que para designar una mercancía de vil precio se dijo desde entonces: *Sardos en venta* (175).

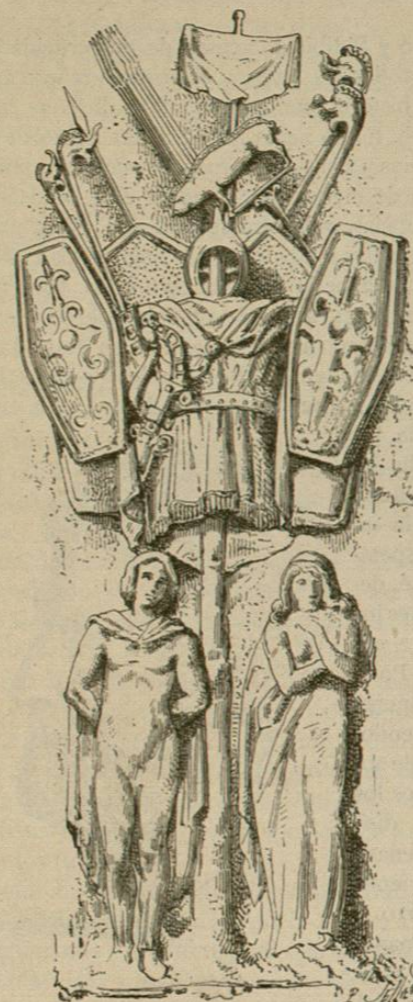
Pasamos rápidamente sobre estas guerras, á pesar del heroísmo que mostraron casi todos los pueblos atacados (2), porque la historia clasifica los acontecimientos al tenor de su importancia, elige entre los hechos en apariencia semejantes abandonando los unos y sacando á la luz otros. ¿Qué lugar ocupan en la memoria de los pueblos Morgaten y Morat al lado de Maratón y Salamina? De aquellas victorias, las unas no salvaban más que la libertad de un pueblo pequeño; las otras salvaban el porvenir del mundo.

La civilización también estaba interesada en el resultado de las guerras de los romanos en Grecia y Asia, mientras las de España y de la Cisalpina solamente ponían en cuestión la fiera y salvaje independencia de algunos pueblos ignorados é inútiles.

Cuando se resumen los trabajos de las legiones en el Occidente, durante estos veinte años, se reconoce que el senado había querido acabar lo que comenzara en el intervalo de dos guerras púnicas: domar á los cisalpinos, asegurar la firme posesión del Mediterráneo occidental, y para que no le llegara un nuevo peligro por la parte de allá de los Pirineos, ocupar el territorio de España.

Estas guerras contrastan notablemente, por el encarnizamiento que en ellas mostraron los romanos, con las que hicieron al otro lado del Adriático y del mar Egeo, con el objeto de mantener abiertas las puertas del Oriente. El senado que sabía perfectamente, como los griegos lo decían de Flaminio, ser á la vez león y zorro, no quiso hasta ahora más que deslumbrar y fascinar á los pueblos de aquel otro mundo. Mas para ellos también iba á cesar muy luego el tiempo de las mistificaciones y habilidades y á aparecer el de la servidumbre.

(2) El mismo Tito Livio dice: *Lacessebant magis quam exercebant Romana arma Ligures et Galli*; y Polibio: No hubo jamás guerra más despreciable.



Prisioneros galos y trofeo (1)

vía militar que iba de Arimino á Plasencia. Los insubres (Milán) se habían sometido, los cenomanos (Verona y Mantua) habían servido muy á menudo á la dominación romana, los venetos la aceptaban en silencio; únicamente los ligures hacían resistencia aun. Demasiado débiles para inspirar temores, eran bastante bravos para ejercitar el valor de las legiones. En 189, mataron un pretor; luego batieron á un cónsul, y pusieron en peligro al mismo Paulo Emilio. Fué preciso volver á las devastaciones de la guerra de los samnitas: talar las viñas, quemar las mieses, desarmar las poblaciones, hacer bajar á la llanura á los habitantes de las montañas, trasladar, en fin, 47,000 ligures á las soledades del Samnio, mientras colonos romanos se establecían en Pisa, en Luca y en Módena para ceñir el Apenino ligurio.

A pesar de todos los esfuerzos de la política y de las armas, aquellos pobres montañeses, abandonados de los cisalpinos, lucharon veinte años más, hasta 163, contra la se-

(1) Caristie, arco y teatro de Orange.